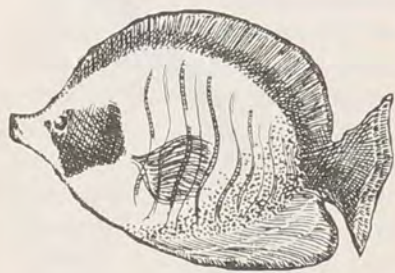


llamaría “la tierra caliente”, sólo que en el universo de Baena la tierra caliente es una sola y comparte características de la costa Caribe colombiana con los llanos orientales e incluso con las zonas selváticas de la Amazonia y la Orinoquia. Pero no importa. Eso es lo de menos. El presidente Lázaro Hidalgo, tiene nombre mexicano y evoca a Núñez cuando nos dice que había encargado la música del himno nacional a un músico italiano de paso por la gran capital, “la antigua ciudad colonial con calles empedradas por los virreyes españoles, aquel enorme pueblo cuyas ínfulas de metrópoli naufragaban en los charcos de barro que las malas administraciones han dejado como firma que corrobora su desidia”. “En la capital todo era, es, un problema”. En pocos años la ciudad había duplicado el número de habitantes a causa del rosario de conflictos. Se descubre igualmente el tradicional rencor del “calentano” hacia la helada capital. E igual que hoy, los rebeldes “cada vez confundían más la lucha por la dignidad nacional con la defensa de sus intereses particulares”.



La prosa es bella, sin demasiados ornamentos. Una buena pista para entender el libro es que hay en Rafael Baena una visión de fotógrafo, de pintor de batallas. Siempre busca la estética visual, desde el mismo título. Dejemos de contemplar sangre, parece decirnos, tenemos un país con una riqueza visual enorme y es como si no lo supiéramos. En la ciudad se nos olvida muy a menudo que Colombia es por encima de todo un país rural, un país de campo. Por eso abomina de esa misma guerra que no tiene nada estético: “Una

pequeña y sangrienta masacre con vísceras expuestas y miembros amputados, una visión que recomendaría a todos aquellos que se empeñan en encontrarle el lado estético a la guerra sin haber estado jamás en una”. Baena quiere ser uno de esos trabajadores que él mismo describe, que doblan el lomo bajo el sol, no con el propósito de hacerse ricos sino de coleccionar atardeceres. La fiesta visual es permanente y permea todo el libro: “Por fortuna la culpa duró poco, vencida por la visión de su cuello y el ejercicio de imaginarlo convirtiéndose en espalda”. “Lo traje al mundo en medio de lamentos que, más que dolor, parecían de protesta e inconformidad ante la pérdida de la belleza de su cuerpo”.

Es la novela del vivac (o vivaque), de los ruidos de la madrugada: “Esa noche desperté varias veces antes del amanecer, gracias al escandaloso despiste de un gallo viejo que insistía en anticiparse a la salida del sol”. “[...] fluía una música en verdad bellísima, que me hacía olvidar mi condición de homicida uniformado y me recordaba la existencia de sensibilidades de otro tipo, también mundanas, pero bastante alejadas de la bestialidad propia de quienes vivimos para matar”. O todos los sentidos al tiempo: “Vuelve al cobijo del samán cuando el lucero del atardecer se empareja con la luna creciente y el chillido de las garzas es reemplazado por el croar de las ranas”.

La de Baena es una novela equina, de amor a los caballos más que a los hombres, que no lo ameritan. “Un caballo merece todo el cuidado del mundo porque, aunque parezca muy poderoso, es tan delicado como un conejo”. El narrador, un combatiente liberal, parece extraído a veces de algún cuento de Juan Rulfo, una novela “pa machos”: “Pedro León fue quien le enseñó a Ricardo a despojarse de todos los perendengues a la hora de montar, pues con las riendas basta y sobra, que todo lo demás es parafernalia de gente afeminada”.

Por supuesto hay otros temas secundarios. La abominación del matrimonio, como un engaño y un dispa-

rate, así como la miserable condición de la mujer casada: “Basta que un hombre sienta que la tiene a una para toda la vida para que empiece a considerarla parte del mobiliario”. Y hasta reflexiones filosóficas: “Es extraña la forma en que las cosas bala-dies, los detalles ínfimos, disparan en las personas ciertos resortes que les conducen a adoptar actitudes jamás imaginadas”. O bien, “Hay dos clases de hombres, los que dejan que otros escriban su destino y los que prefieren escribirlo ellos mismos”. “En la guerra, como en la vida, hay que saber reconocer las buenas oportunidades, lo cual es un arte más relacionado con las ciencias exactas que con el simple azar”.

Al final, Baena nos deja una reflexión sobre la proximidad de la vejez. “Soy de las personas que miran a su alrededor —dice— y encuentran muy pocas razones para alegrarse o para sentir la satisfacción del deber cumplido”. Magro consuelo, es verdad.

¿Y el futuro? En la penúltima página el narrador nos dice más bien desesperanzadoramente: “Lo que ahora se avecina es la guerra civil, de nuevo la larga noche de la incertidumbre, el reinado de las charreteras, las botas altas y el afán de comprobar quién tiene mejor ajustada la bragueta del pantalón. En suma, otra vez la estupidez de la guerra entre hermanos”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



## Crónicas de un retorno

**Una gringa en Bogotá**

June Carolyn Erlick

Aguilar, Bogotá, 2007, 239 págs.

El punto de partida de una de las crónicas que June Carolyn Erlick ha publicado en forma de libro resume de alguna forma el espíritu de todas ellas y de la búsqueda que hace la



periodista estadounidense de una definición de la situación actual de Colombia. En la crónica en cuestión, Erlick cuenta como escucha en el radio de un taxi que ha estallado una bomba en uno de los buses del sistema TransMilenio y que habían resultado heridos varios niños que regresaban a casa del colegio.



“La noticia —dice Erlick— me atravesó como un cuchillo haciendo pedazos una ilusión” (pág. 151). Esa ilusión estaba precisamente encarnada en el TransMilenio, que ella en varias de las crónicas describe como una especie de símbolo de que las transformaciones en Colombia son posibles y además, como dice en la misma crónica en cuestión, “un símbolo de modernización y participación cívica”.

Esa tendencia a la modernización exitosa fue una de las cosas que se encontró June Carolyn Erlick cuando regresó a Bogotá en 2006, después de veintidós años de haber dejado la ciudad. Naturalmente, detrás de esa Bogotá cívica, que no existía en 1984 y que fue en buena parte el fruto del trabajo de las alcaldías de Antanas Mockus y Enrique Peñalosa, se opone la imagen que se suele tener de Colombia en el extranjero y que es lamentablemente real. La imagen de la guerra permanente con todas sus consecuencias, entre las que está la presencia de desplazados

en las ciudades y, también, la del peligro de terminar siendo víctima de un atentado o de un secuestro.

Con el estallido de la bomba en el TransMilenio se juntan de manera trágica las dos imágenes de Colombia que Erlick intenta rastrear siguiendo una estrategia periodística algo heterodoxa, consistente en tratar de vivir en Bogotá como un habitante más de la ciudad, aprovechando una beca de la Fundación Fulbright destinada a que ella ayudase a poner en marcha el proyecto de un programa de periodismo en la Universidad Nacional.

La regla fundamental que se impuso Erlick fue tratar de entender a Colombia a través de su experiencia cotidiana en Bogotá, no ir a buscar la guerra —como sí lo hizo en su primera época en Colombia— y viajar sólo a aquellos lugares que la invitasen por cuestiones relacionadas con la misión que le financiaba la Fundación Fulbright.

Sin duda, la experiencia de volver a vivir en Bogotá en 2006, tras haber dejado la ciudad en 1984, implica para cualquier persona medianamente atenta la percepción de un contraste. Y en lo que se refiere a la ciudad, ese contraste tiende muchas veces a ser percibido como un progreso evidente en muchos aspectos.

Uno de ellos, evidente, es la existencia del TransMilenio, pese a todos los problemas que se le puedan haber encontrado últimamente al sistema. En 1984 —yo dejé Colombia en 1989 y la cosa no había cambiado mucho—, el transporte público consistía en los buses y busetas tradicionales, que libraban entre ellos carreras de alta peligrosidad, paraban a recoger pasajeros donde a los conductores les diera la gana. El sobrecupo y el tiempo interminable que tardaban esos vehículos en hacer sus recorridos agravaban más las cosas.

Un viaje en buseta en 1984 era una experiencia suficiente para sentir que Bogotá era una ciudad invivible y Colombia era un país condenado al atraso y a la barbarie. Y eso sólo era un síntoma porque el resto de la vida urbana se parecía

mucho a un viaje en buseta. Por ello, no resulta sorprendente que June Carolyn Erlick le dedique en su libro tres crónicas al sistema de TransMilenio.

La primera de las crónicas —“TransMilenio” (pág. 65 y siguientes)— es un elogio sin reservas al sistema en el que parece encontrar una Bogotá ordenada y cívica que nada tiene que ver con la ciudad caótica de 1984. “Se respira un ambiente de orden y amabilidad a pesar de que nadie está vigilando. Es algo que surge naturalmente, una cultura cívica espontánea”, constata Erlick. Más adelante, señala como, a pesar de que la ciudad ha ido creciendo, el sistema ha reducido el tiempo de transporte para buena parte de la población.

En su primer viaje en “TransMilenio”, además, Erlick percibe una actitud de la gente hacia Bogotá que no estaba presente en su primera época en la ciudad. “La ciudad —dice— es de todo el mundo, incluso de los que no nacieron aquí. Es una actitud que conocía en Nueva York pero que es nueva aquí y siento una oleada de esperanza por este país y esta ciudad que tanto quiero” (pág. 69).



La segunda de las crónicas —“TransMilenio II”— es aquella en la que se da cuenta del atentado a la que se refiere el comienzo de esta reseña. Y la tercera —“TransMilenio III”— da cuenta de síntomas de deterioro en el sistema —como pérdida de civismo y aumento de la delincuencia— y de pro-



blemas surgidos con la reorganización de las rutas. Pese a todo ello, Erlick dice que, al igual que el metro de Nueva York, el sistema de TransMilenio tiene un enorme potencial como sistema de transporte para todas las clases. Y va incluso más allá al definir el TransMilenio como esperanza y como “símbolo de los retos que vendrán después” en un país que “se debate entre la guerra y la paz, entre la modernización y la pobreza rampante”.



Otro tema en el que Erlick percibe un contraste con respecto a su primera estancia larga en Bogotá tiene que ver con los perros callejeros y le dedica al asunto dos crónicas, “Perros” y “Perros II”. En la primera constata la aparente desaparición de las jaurías de perros callejeros que, según recuerda, antes “eran una parte inevitable, deprimente y amenazante del paisaje urbano” (pág. 61).

En su regreso en 2006, Erlick sintió la ausencia de esos perros. “En lugar de eso —dice (pág. 62)— veía perros Dobermann, Rottweiler y Pitt Bull con bozales y chalecos de tela que anunciaban por el lado el nombre de la compañía de vigilancia a la que pertenecían”. Esos perros resultan casi imperceptibles y Erlick los califica de “parte silenciosa de lo que el presidente Uribe llama ‘seguridad democrática’”.

Esta última observación hubiera podido servir de punto de partida a una reflexión sobre el cambio de la estructura de la violencia en Colombia —la violencia caótica de los perros callejeros, muchas veces acompañados por gamines, que desaparece para dar paso a la guerra organizada de la que los perros de vi-

gilancia son una muestra— pero Erlick no explota esa posibilidad sino que agrega una observación: además de perros de vigilancia ve, en muchas partes, paseadores de perros.

La idea de los paseadores de perros la lleva a volver sobre la idea de que en Bogotá ha cambiado el sentido de pertenencia. La ciudad se ha civilizado, la gente se siente responsable de sus calles y sus perros y en muchas partes han desaparecido síntomas de barbarie continua que antes definían a Bogotá.

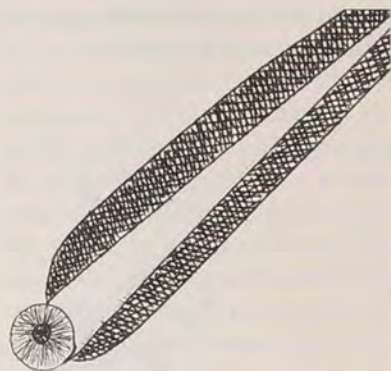
Pese a ello, a lo largo de las 43 crónicas que integran el libro está también la otra cara de Colombia y es la del aumento de la violencia que Erlick percibe fundamentalmente desde Bogotá. Para cumplir con su cometido, “hablar de lo positivo, sin negar la guerra” (pág. 28), el tema de la violencia tenía que estar presente. Y lo está de diversas maneras.

Además de la bomba del TransMilenio, que reúne de manera dramática los dos hilos conductores del libro, van apareciendo historias de desplazados, que Erlick encuentra en las calles de Bogotá o de secuestros de gente cercana a personas con las que la periodista llega a hablar. Voy a tomar una crónica como ejemplo titulada “Guerra y paz”. Esa crónica, como la mayoría de las otras, está basada en observaciones cotidianas, y en reflexiones sobre las actividades diarias, pero también en conversaciones con personas encontradas por casualidad con el propósito de poner a prueba los resultados de una encuesta.

La encuesta en cuestión, de la que Erlick tiene noticia por un panel en la Universidad de los Andes, muestra que el 61 por ciento de las personas interrogadas dice que el conflicto armado en Colombia ha afectado su vida negativamente y más del cuarenta por ciento dicen que ellos o alguna persona cercana han sido desplazados o secuestrados en los últimos cuatro años.

De regreso a casa, tras el panel, Erlick se encuentra con dos conocidos y les formula las preguntas de las encuestas y se entera de cosas que

no sabía. Al primero le habían secuestrado la abuela un año atrás y al segundo las amenazas de un vecino ligado con los paramilitares lo habían obligado a no volver a su casa de recreo.



Erlick queda sorprendida por las historias porque los interrogados eran personas que ella creía conocer bien y además porque, según confiesa, ella no puede evitar tener en Bogotá la sensación de que la guerra está en otra parte. Las dos historias sirven, además, para fortalecer una hipótesis que en el panel de los Andes había sostenido Angelika Rettber según la cual los ciudadanos, que han crecido en medio de la violencia, se acostumbran y aprenden a convivir con ella.

Tal vez el vacío más notable del libro sea que prácticamente no haya nada digno de mención sobre la presidencia de Álvaro Uribe Vélez y las diversas posiciones que hay frente a su política. En varias crónicas hay alusiones marginales pero nada de fondo y la crónica en la que se hubiera podido abordar el tema, titulada “La reelección de Álvaro”, es poco más que una colección de banalidades.

Pese a esto último, la sensación general que deja el libro es positiva. Se trata de una crónica de un retorno a la ciudad en el que se perciben una serie de contrastes que definen a Bogotá y a Colombia y que tal vez pueda ayudar a muchos a empezar a ver cosas que no ven, sencillamente porque están demasiado cercanas y se han acostumbrado a ellas.

RODRIGO ZULETA